

table pintora—, ambiente que favoreció y alentó —al ser descubierta— la predisposición y la vocación del pequeño Camilo por la música. A muy temprana edad se le puso bajo la tutela del célebre maestro Stamaty, y fué tanta y tan rápida la asimilación de sus enseñanzas por el pequeño alumno y tales sus progresos técnicos, que al cumplir diez años se presentó en un concierto como virtuoso del piano, interpretando con éxito rotundo obras de Mozart, Haendel y Beethoven.

Magníficamente iniciado y puesto en contacto con la buena música, estudió y penetró en la de los grandes maestros, especialmente en la de aquellos cuyas esencias se compaginan mejor con su temperamento y con su sensibilidad: Haydn, Mozart, Gretry y Rameau. Más tarde le atrajo irresistiblemente Beethoven. No obstante su juventud, y debido a su sólida cultura y su perenne estudio, afirmaba sus preferencias y discernía con un justo espíritu crítico en consonancia con su manera de sentir y con su concepto estético, y así, eran sus preferidos los ya nombrados, más Juan Sebastián Bach, cuya obra colosal le cautivó al estudiarla en el órgano, instrumento que llegó a dominar bajo la tutela pedagógica del gran maestro Benoist.

Las buenas cualidades de intuición musical, demostradas desde la niñez; sus hábitos de trabajo ordenado y consciente y su magnífica organización para el arte sonoro, contribuyeron de un modo decisivo a que las enseñanzas de la composición seguidas bajo la tutela de los maestros Halevy y Gounod, figuras destacadísimas en la época de la juventud de Saint-Saëns, dieran frutos precozmente sazonados, que le sirvieron de sólida base para su futura carrera llena de triunfos.

La música de Mendelssohn era por él considerada como blanda y excesivamente

consonante y fácilona; en cambio, la de Berlioz le seducía, a pesar de sus licencias, consideradas en la época como extravagancias, pues veía en este autor al portador de la bandera de la música moderna.

Hombre culto y de grandes inquietudes espirituales, no se limitaba a penetrar tan sólo en los secretos de la música y de las demás artes; también le atraían las ciencias, y entre ellas la astronomía. A todo dedicaba gran atención, no obstante su precaria salud. A los dieciocho años estrenó su primera sinfonía, obra que por sus méritos llamó la atención del gran compositor Franz Liszt, con quien entabló estrecha amistad y quien, con su espíritu amplio y generoso, le alentó y orientó en su carrera, estrenándole más tarde en Weimar su ópera *Sansón y Dalila*, que pronto figuró en el repertorio de todos los teatros europeos, por su inspiración, maestría y belleza. Mucho decepcionó a Saint-Saëns el fracaso que tuvo al no obtener el preciadísimo premio de Roma, galardón el más ambicionado por los músicos franceses; pero no hizo presa en él el desánimo, y continuó estudiando sin tregua y produciendo sin cesar obras de todos los géneros, desde las destinadas a los solistas especialmente en el piano y órgano, sonatas, tríos, cuartetos y diversas composiciones de música de cámara, hasta suites, cantatas, oratorios, sinfonías y óperas.

La época que pudiéramos llamar de apogeo, por el dominio de la técnica y por las generosas ambiciones artísticas de Saint-Saëns, comienza en 1871, no sólo por la ciencia sólida hasta entonces adquirida, sino, indudablemente, también por un hecho que le sirvió, aunque en realidad no lo necesitara, de acicate y estímulo: es este hecho el de la constitución en París de una sociedad artística formada por un grupo selecto de la juventud. Saint-Saëns compartió con Bussine la presidencia de esta nueva entidad, ti-